

PRECIOS DE SUSCRIPCION: MADRID, EN MET. 6 RS.; PROVINCIAS, 8 RS.; EN CANTONAS, 10 RS.; EN EL EXTRANJERO, 12 RS. EN CANTONAS, 10 RS. EN EL EXTRANJERO, 12 RS. INSTRUCCION.—MORALIDAD.—RECREO. OFICINAS DEL PERSONICO: CAÑOS, 1, principal, Madrid. Se sueltos en todas las librerías y en la Administración. Se insertan anuncios y comunicados.

NUESTROS GRABADOS.

EL MONASTERIO DE YUSTE.

El grabado que hoy publicamos representa el exterior de aquel monasterio celebre en nuestra historia.

Situado en un paraje solitario y agreste de la provincia de Cáceres, en medio de ásperas montañas, rodeado de sombrías arboledas, aquel monasterio fué elegido por el gran Carlos I para último retiro de su vida, pasada entre las agitaciones de la política y harta de las glorias del poder y de la guerra.

Después de abdicar la corona de la vasta monarquía española en su hijo Don Felipe II, reservándose solo una pequeña renta para su manutención y sus obras piadosas, Don Carlos se encerró en la celda de Yuste, haciendo vida de monje como sus compañeros en aquella religiosa casa, y allí acabó sus días, si bien no tan retirado como parecía de los negocios públicos, pues gustaba de ser consultado en ellos, é intervenía en los de importancia.

Es tradición que el Emperador tuvo la extravagancia de presenciar sus propios funerales, y que se dispusieron y tuvieron efecto en la iglesia del monasterio como si realmente estuviera S. M. I. de cuerpo presente.

Sin embargo, los testimonios de los padres de Yuste, que consignaban casi día por día lo acaecido durante la estancia del Emperador, no confirman esta extraña anécdota, y es preciso negar, con la mayoría de los historiadores graves, la verdad de aquella tradición.

LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA

LA LEY DEL PROGRESO,

SEGUN ALCUNOS AUTORES MODERNOS.

1. The Philosophy of History in France and Germany, by Herbert Spencer. London 1874. — II. La scienza della storia, di N. Machiavelli. Paris 1875. — III. Les deux cités; la philosophie de l'histoire avec des ébauches de l'histoire, par P. de Bonald. Paris 1874. — IV. Edgar Quinet, L'Esprit nouveau, Paris, 1875. — V. François Bouillier, Morale et progrès, Paris, 1875.

La mejor señal de progreso en nuestro siglo es, que en él se habla mucho de progreso. Muchos hablan de esto por rutina, es verdad; y se venían muy apurados para explicar las ideas vagas que la palabra progreso despertaba en ellos. Delosmas mejoramos, sin embargo, de que, bien ó mal entendida la palabra, ande en boca de todos; porque esto significa que hay una tendencia general y séria hacia el progreso en todos los espíritus.

Pueden considerarse como indiscutibles la mediación del arte, que encuentra perfecto su trabajo y la insuficiencia de la virtud estésica de sí mismo; lo mismo debe pensarse del pueblo que no aspira á salir del estado en que se encuentra para elevarse á otro más digno. Esta aspiración constituye el honor y el peligro de nuestra época. Uno en nombre del progreso nos proponen que nos estrellamos para llegar antes al punto deseado; otros, en nombre del progreso también, quisieran convenirnos de que el medio más seguro de adelantarse consiste en retroceder.

En una y otra parte hay ilusiones y peligros, en una y otra parte hay convicciones sinceras y beneficiosas, por tanto, para el progreso. Las utopías pasan y el movimiento que imprimen al espíritu de un siglo permanece y se modera á sí propio, componiéndose de impulsos y tendencias divergentes; haciéndose más saludable porque se hacen más regulares.

Sin embargo, esta fe instintiva y vigorosa en el progreso basen todavía su razon de ser á los ojos de la ciencia. ¿Existe una ley del progreso? Si es posible; pero sin ser uno reaccionario, se puede asegurar que aun no se nos ha revelado. ¿Cuáles son las condiciones del progreso? Numerosas, variadas y completas son seguramente; y una vez determinadas faltaría por establecer todavía la importancia relativa y el papel que cada una de ellas representa. ¿Cuál es, finalmente, el término del desarrollo humano? ¿Es la felicidad ó es otra cosa? Cuestiones tan estas que no puede mirarse con indiferencia ningún espíritu atento á sus verdaderos intereses. No tenemos la pretensión de resolverlas ni si-

quiera de tratar de ellas dignamente; nuestro propósito es más humilde; queremos solamente recoger en resúmenes é importantes publicaciones algunas reflexiones generales, propias para esclarecer la historia y la teoría científica del progreso.

L

Si es verdad que la facultad del progreso es uno de los caracteres esenciales y distintivos de la especie humana, el hombre debió tener conciencia de ella desde el instante en que tomó posesión de sí mismo. Así vemos desde el principio de los tiempos históricos al lado y en contraposición de la creencia universalmente admitida de nuestra decadencia, apuntar la idea de la evolución humana hacia un estado superior. En vano la buscáramos, sin embargo, en la China ó en la India. La China es el país, por excelencia, de la inmovilidad y, por otra parte, el espíritu que allí predomina es poco generalizador y haría incapaz de toda tendencia á elevarse á la noion del progreso. En cuanto á la India, abismada en la consideración de las miserias y fragilidad de la vida, penetrada de un espíritu de panteísmo y fatalismo, no podía abrir su corazón á la esperanza del progreso social. Sin embargo, tras la lucha incesante de la luz y las tinieblas, de Ormuz y Ahrimanes la antigua doctrina mazdeista deja entrever el triunfo definitivo de la luz y del bien. La vida entera del pueblo judaico es una aspiración, una preparación; y, sin atribuir á la Persia ni á la Judea una concepción reflexiva del progreso, se puede afirmar que ambas han presentado y hecho posible su advenimiento con su indiscutible confianza en un porvenir más lienzero.

Naturales y engañosas analogías sacadas del curso de la vida humana, de las revoluciones celestes y del periódico renacimiento de las estaciones, explican suficientemente que los griegos y los romanos se hayan explicado con figurado el movimiento de la historia como circular ó retrogrado. Sin embargo, la idea del progreso no es extraña, como se ha repetido con frecuencia, á las épocas más antiguas del mundo clásico. Esta idea aparece por vez primera con bastante claridad en los escritos del filósofo Anaximandro, cuyas especulaciones sobre la naturaleza continúan en el estado de embrión algunas de las más atrevidas hipótesis de la ciencia moderna. Según este autor, la acción del sol sobre la tierra cubierta por las aguas hizo brotar pelucidas, matrices de organismos imperfectos que, más tarde, desarrollándose gradualmente, dieron origen á todas las especies que hoy existen. Los antepasados del hombre fueron, según dice, animales acuáticos análogos á los peces; habitaban en las aguas pantanosas y se acostumbraron poco á poco á vivir en tierra firme á medida que el sol la iba secando. La teoría de la evolución es, como se ve, más antigua de lo que sus partidarios suponen.

¿No vemos también circular la idea del progreso á través del magnífico drama de Prometeo? Cuando el titán consuela sus sufrimientos con el recuerdo del bien que ha hecho á los hombres, cuando recuerda la miserable condición de estos pobres seres, «que tenían ojos y no veían, oídos y no oían,» cómo los encontró acurrucados en el fondo

de oscuras cavernas, incapaces de señalar el curso de las estaciones, ignorantes de toda profesión, de todo raciocinamiento, juguetas de la confusión y del caos; cómo les reveló el uso de los números y de la escritura, el arte de observar la salida y la puesta de las estrellas, la construcción de las casas, la domesticación de los animales, la curación de las enfermedades, la navegación, la adivinación; cuando, finalmente, en medio de las angustias de su suplicio, frente al odioso ministro de Júpiter, predice la caída de su tirano, el triunfo de la justicia y su propia apoteosis, ¿no hace la historia del progreso, atenuado por las laboriosas conquistas del espíritu sobre la materia, santificado y coronado por el sacrificio de los mejores á la causa del género humano?

Entre los romanos la idea del progreso aparece también, pero siempre en estado de creencia instintiva, de aspiración inconsciente. Los poetas, que no están obligados á ser consecuentes consigo mismos, cantan lo mismo la ascension gloriosa de la humanidad, salvaje al principio, á la vida civilizada, que la inevitable decadencia que hace brotar de generaciones peores que las anteriores, una posteridad más viciosa todavía. Lucrecio, Virgilio, Horacio abundan en este género de contradicciones. Y sin embargo, no sabemos que acento más grave, más sincero, más conmovido nos advierte en estos poetas, sobre todo en los dos últimos, que conciben la idea del progreso: la de la decadencia no es para ellos más que un tema obligado, un lugar común poético. ¿La égloga cuarta de Virgilio no es acaso el comentario anticipado de la frase de Saint-Simon: «la edad de oro no está detrás de nosotros, sino delante?»

Flotante é incierta en los poetas, la fe en el progreso encuentra en los prosistas una expresión más vigorosa. Ciceron, siguiendo á Aristóteles, declara explícitamente que la filosofía es progresiva y que «las cosas más recientes son de ordinario las más precisas y ciertas.» Séneca traza un cuadro elocuente de los progresos de la astronomía y crece en futuras conquistas aun más maravillosas; declara que la naturaleza tendrá siempre nuevos secretos que revelarnos; que revela sus misterios gradualmente y en una larga serie de generaciones humanas; que nos creemos iniciados en la verdad y no estamos sino en el umbral del tiempo; que, finalmente, retrocederán los límites de la tierra y se extenderá más allá de la lejána Thule la vasta extensión de un nuevo mundo.

Así la idea de progreso existía y se desarrollaba lentamente en el seno del pensamiento pagano; pero no estuvo nunca en el seno de vago generalidad. Ninguna definición precisó el sentido de ella, ningún análisis determinó sus elementos; sobre todo, ninguna inducción, fundada en hechos bastante numerosos y característicos le dió la autoridad de un principio. Es interesante seguir con M. Flourens el desenvolvimiento de la idea del progreso en los escritores cristianos hasta el límite de los tiempos modernos.

Ni Cristo ni sus apóstoles se impusieron jamás la misión de establecer una teoría completa del progreso histórico; pero debieron preocuparse del cuidado de señalar la importancia del Evangelio en el desarrollo general de la humanidad. Por más

que fuera de revelación divina, la nueva religion había sido anunciada desde el principio del mundo; una iniciación gradual había preparado á la humanidad, ó al menos al pueblo judío, el advenimiento de la verdad y de la vida perfecta en Cristo. Había en esto el germen de una filosofía de la historia; San Agustín y Bossuet la deducirán de allí.

En la Edad Media no había condiciones favorables al desarrollo de la idea de progreso. En la ignorancia y anarquía generales, el pasado era mal conocido y mal comprendido el presente; bajo el yugo de la autoridad que oprimía á un tiempo mismo el pensamiento y la acción, no había esperanza alguna de que la razon extendiera sus conquistas en el porvenir. Sin embargo, la idea del progreso no se ha extinguido. Hugo de San Victor y Santo Tomás de Aquino miran el progreso como ley universal de todas las cosas, y especialmente del saber humano; si el Evangelio contiene toda la revelación divina, hay á lo menos, según Santo Tomás, un progreso continuo é indefinido en la inteligencia del Evangelio. En esta enumeración debe ocupar un lugar glorioso el monje Rogerio Bacon. Nadie en la Edad Media tuvo más clara percepción de lo que faltaba á la antigüedad ni una intuición más exacta de los futuros desenvolvimientos del espíritu humano. Su genio había comprendido todo el poder del método experimental, lo había aplicado en muchos puntos con admirable sagacidad y adivinaba en la acumulación, coordinación y transmisión de los resultados que puede producir, la condición de un progreso al cual no se puede señalar ningún límite.

Desde el siglo XIII el espectáculo, harto frecuente, de los desdichados del clero secular da origen á una concepción mística del desarrollo humano, muy análoga á la que había propagado en los primeros tiempos del cristianismo la célebre heregia de los montañeses. Según Amaury de Chartres, Joaquín de Flors, el general de los franciscanos Juan de Parma y su amigo fray Gerhard, la historia universal se divide en tres grandes períodos ó edades: la edad del Antiguo Testamento, ó reinado del Padre; la del Nuevo Testamento, ó reinado del Hijo, y la del Eterno Evangelio, ó reinado del Espíritu Santo. En el primer período, Dios manifiesta su omnipotencia y gobierna con la ley y el castigo; en el segundo, Cristo se ha revelado á sí mismo por los misterios y los Sacramentos; en el tercero, del cual los otros dos han sido mero prólogo, el espíritu verá la verdad frente á frente sin velo ni símbolo.

El amor se llevará de ese amor perfecto que excluye el egoísmo y el miedo; la voluntad emancipada del pecado no necesitará ya de ley que la gobierne. Tal es la doctrina del Evangelio eterno; la influencia de Lessing, que la adoptó, la ha acreditado en nuestros días. Opiniones bastante semejantes á estas se encuentran más ó menos explícitas en Dante, Paracelso y Campanella. Bajo esta forma, pues, pasa la idea del progreso desde la Edad Media al Renacimiento y al siglo XVII. Entonces algunos hombres ilustres, como Bodin, Bacon, Descartes y Pascal, la recogen, la despojan de su carácter místico, la secularizan, la confrontan con los hechos y comienzan á determinar sus elementos y á seguirla en sus más diversas aplicaciones. Desde entonces la importancia de tal idea va creciendo día en día; domina cada vez más todas las especulaciones del espíritu moderno; se convierte en el siglo XVIII en ley de la historia; renueva en el XIX el estudio de la naturaleza, y finalmente, bajo el nombre de evolución, pretende contener la fórmula de la existencia universal.

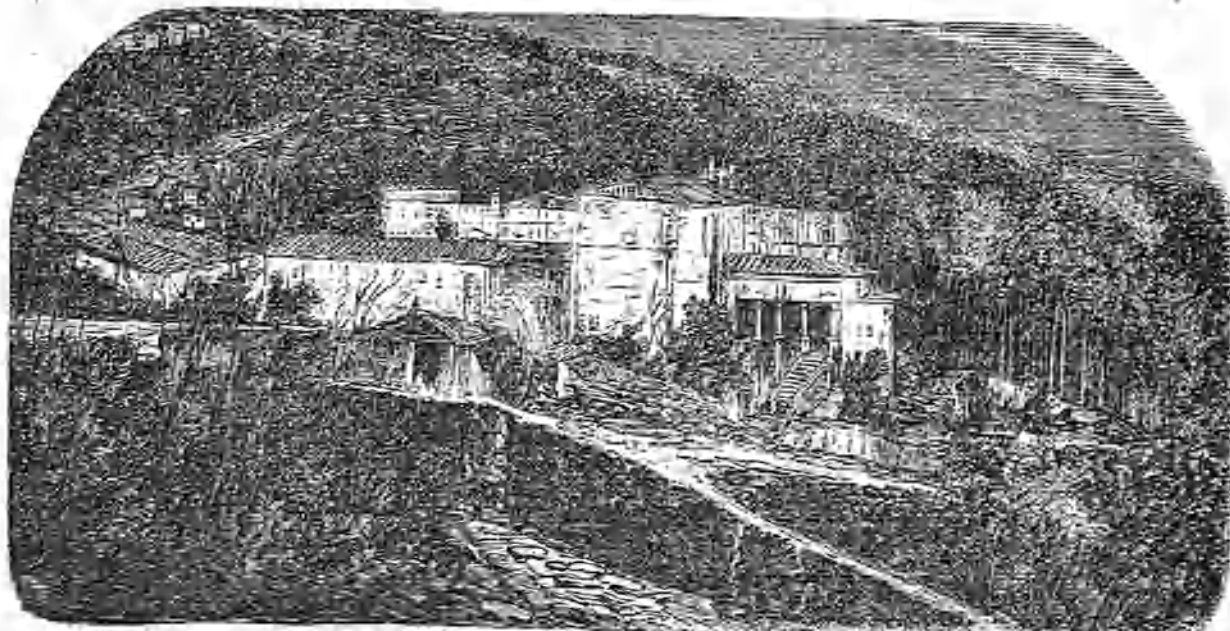
L. Carrón.

LAS HORMIGAS. (I)

III.

Hace tres ó cuatro años un jóven inglés, Trabenne Mogridge, que se había tratado mucho con personas conocedoras de las costumbres de las hormigas, se propuso emplear toda su paciencia en averiguar la verdad acerca de ciertos puntos dudosos ó controvertidos de la vida de los más laboriosos animales del mundo. El pobre jóven iba á morir pronto y lo presentaba así. Atacado de la terrible enfermedad que descarga sus golpes en la juventud más brillante, durante los meses de otoño y de invierno, iba á respirar los aires de Menton.

(I) Véase nuestro número de ayer.



Vista del monasterio de Yuste.

